

# UNA ACTRIZ PRODIGIOSA

El público se rinde ante la interpretación de María Fernanda d'Ocón en «Misericordia», de Galdós

Por Alfonso DE CASTRO

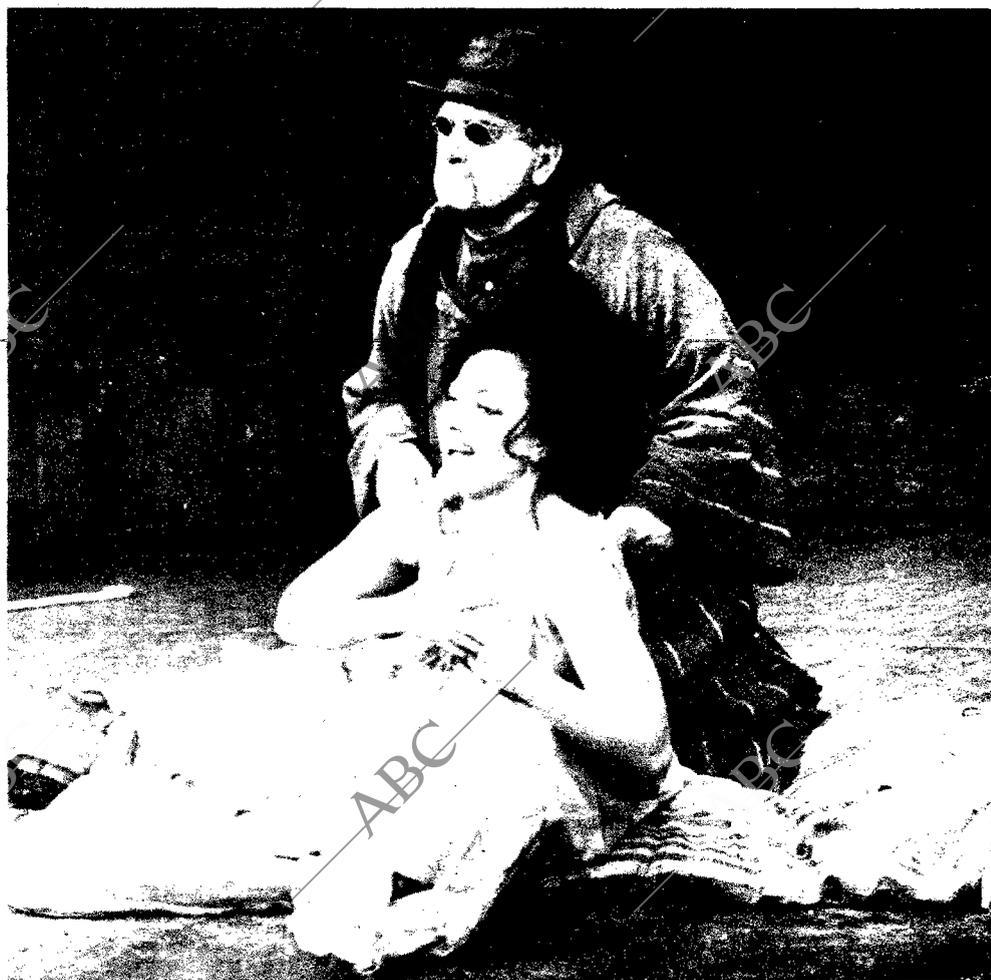


La «Misericordia» de Galdós, que actualmente se representa, con éxito realmente extraordinario, en el madrileño teatro María Guerrero, es, en primer lugar, una gran obra de teatro, y, en segundo lugar, la ocasión para contemplar a una actriz que es un auténtico prodigio: María Fernanda d'Ocón. Actriz joven que desempeña el papel de una vieja mendiga y que emociona a los espectadores de forma profunda. Ella es admirable en el gesto, en el matiz, en el ademán, en la sonrisa, en la queja. Habla con espontaneidad, escucha de forma admirable, se enternece, se encrespa, se empequeñece o se agiganta hasta poner un nudo en la garganta de los espectadores. Cuando al final de la obra cae el telón se escucha en honor de María Fernanda d'Ocón una de las mayores ovaciones que se han oído en la escena española. En estos momentos hay dos grandes actrices sobre las tablas madrileñas: Nuria Espert, en

«Yerma», y María Fernanda d'Ocón, en «Misericordia». Pues bien, en esta ocasión María Fernanda d'Ocón bate ampliamente por calidad interpretativa a la genial Nuria Espert. Su actuación es realmente insuperable y mejora, incluso, su anterior gran éxito con «El círculo de tiza caucasiano». «Misericordia» es, además, una obra actual e interesante, con un simbolismo profundo que interesa vivamente a los espectadores y también —no hay que tener pelos en la pluma— con una malintencionada y lamentable tendencia antirreligiosa. La burla sutil que se hace de la Iglesia, la presentación de un canónigo cerril, intransigente, glotón y fumador de puros es caricaturesca e irrita a muchos espectadores. En cualquier caso, si hay una obra que merece la pena ser vista en los escenarios madrileños actualmente, esa obra es la «Misericordia» de María Fernanda d'Ocón, que aparece en la imagen gráfica en una escena.



**G**ALDOS se encuentra vivo y plenamente vigente en la literatura española actual. Sus temas, su estilo, los problemas que plantea son de nuestros días, tal vez porque son de siempre. Buena prueba de ello es la «Misericordia», que se representa actualmente, con gran éxito, en el madrileño teatro María Guerrero. En esta obra, sorprendentemente adaptada por Mañas y brillantemente dirigida por José Luis Alonso, se ponen de manifiesto una serie de lacras de nuestra sociedad y en ocasiones se deriva hacia una crítica solapada, malintencionada y lamentable de la religión. Al lado del drama humano —la criada que pide limosna para alimentar a su señora y que cuando ésta hereda se ve enviada al asilo—, al lado de ese aspecto humano, que es el que más directamente



**Dos escenas de la «Misericordia» de Galdós, la obra que ha puesto al teatro madrileño en sus máximas cotas de calidad y que emociona e interesa vivamente al público. Ante la interpretación soberbia de María Fernanda d'Ocón empalidecen todos los demás actores y actrices, incluso José Bódalo, que hace su papel a las mil maravillas. El caso de la sirvienta que pide limosna para alimentar a su señora y el romance entre ella y el obispo, están llenos de ternura y de fuerza teatral.**

**María Fernanda d'Ocón y José Bódalo en los papeles principales de la obra. Al final se producirá la reacción cruel e irrazonable de la señora, que representa la burguesía, y que rechazará a la sirvienta que la ha alimentado conduciéndola hasta el asilo. Hay momentos en "Misericordia" en los cuales se le hace a los espectadores un nudo en la garganta.**

llega al espectador, Galdós, como siempre, plantea una serie de símbolos sociales que tienen una profunda dimensión. Benina es el pueblo que alimenta, con el sudor de su frente, a la burguesía. Y ésta, llena de egoísmos, de convencionalismos y de crueldad, se aprovecha del sudor del pueblo para después repudiarle y ofenderle. En medio de este panorama social, poco alentador, la verdad, Galdós, con su invencible tendencia antirreligiosa, nos muestra a un canónigo, que simboliza a la Iglesia, y que es sectario, intransigente, cruel, amigo de la buena mesa y que aparece fumando grandes puros.

Todos estos aspectos que, a mi manera de ver, son negativos por lo que tienen de caricaturescos, no consiguen vencer la extraordinaria calidad literaria del planteamiento humano. Vivos están los personajes, actuales y jugosas son las escenas, deslumbrante el coro de los mendigos, profunda, emotiva y tierna la trama argumental. «Misericordia» es un espectáculo teatral realmente extraordinario y que nada tiene que envidiar a lo mejor que en este momento se está poniendo en los grandes teatros de Europa.

Y no sólo no tiene nada que envidiar, sino que en cuanto a interpretación raya en lo insuperable. María Fernanda d'Ocón es un auténtico prodigio. Actriz joven que representa un difícil papel de vieja mendiga, borda el gesto, la expresión, el matiz. Habla con espontaneidad, escucha de forma admirable, se emociona, se irrita, se entristece, se achica, se esconde, se crece y se muestra ante el espectador como un personaje vivo y grande que acredita a una de las mejores actrices que hoy pisan los escenarios europeos. El resto de los intérpretes hacen su papel con extraordinaria calidad, pero todos ellos, sin excepción, empalidecen y desaparecen ante esa soberbia cumbre de la interpretación que es la gran actriz española. María Fernanda d'Ocón supera en «Misericordia» el extraordinario trabajo que ya realizó en «El círculo de tiza caucasiano». Es posible que la obra, a pesar de sus grandes calidades teatrales, fuera otra si no la llega a iluminar con su arte María Fernanda d'Ocón. Teatro, pues, de extraordinaria calidad en todos los órdenes. Teatro para la polémica, para la discusión, para la reflexión y para la sonrisa. Teatro cuyo contenido complacerá a unos e irritará a otros, pero que hará coincidir a todos en el denominador común de su extraordinaria calidad. Si hay una obra de las que actualmente se representan en Madrid que el espectador no debe dejar de ver, esa es la «Misericordia», de Galdós, o, mejor aún, la «Misericordia», de María Fernanda d'Ocón.

Alfonso DE CASTRO

